

No. 15 - Junio - 1956



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

MAXIMAS POPULARES

El que desea mal a su vecino el suyo viene de camino.

Cuando truena llover quiere.

Quien no coge la gotera ha de hacer la casa entera.

No está el horno para pasteles.

Que convenga, que no convenga, Dios quiere que todos tengan.

A largo camino se conoce el hombre.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia
Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA
San José — Costa Rica

Sumario:

Máximas Populares	1
Oraciones	2
Romance de las Carretas	7
La Araña Mizquir	3
El Camarón Encantado	14
Página de los Niños	15
Barrilete	16

JUNIO 1956

NUMERO 15

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

ORACIONES

Bendita sea la luz del día
y el Señor que nos la envía;
tenga usted muy buenos días.

A acostarme voy, sola y sin compañía
la Virgen María está junto a mi cama;
me dice de quedo: mi niña, reposa,
y no tengas miedo de ninguna cosa.

Señora Santa Ana,
de Cristo abuelita,
duérmeme en tus faldas
que soy chiquitita.

Custodia mi sueño,
no dejes me aflija,
ni mal, ni desvelo,
ni la pesadilla.

del Folklore Español.



LA ARAÑA MIZGUIR

En tiempos remotos hubo un verano tan caluroso que la gente no sabía donde esconderse para librarse de los ardientes rayos del Sol, que quemaban sin piedad. Coincidiendo con esta época de calor apareció una gran plaga de moscas y de mosquitos, que picaban a la desgraciada gente de tal modo que de cada picadura saltaba una gota de sangre. Pero al mismo tiempo se presentó el valiente Mizguir, incansable tejedor, que empezó a tejer sus redes, extendiéndolas por todas partes y

por todos los caminos por donde volaban las moscas y los mosquitos.

Un día una mosca que iba volando fue cogida en las redes de Mizguir. Este se precipitó sobre ella y empezó a ahogarla; pero la Mosca suplicó a Mizguir:

-¡Señor Mizguir! ¡No me mates! ¡Tengo tantos hijos, que si los pobres se quedan sin mí, como no tendrán que comer, molestarán a la gente y a los perros!

Mizguir tuvo compasión de la Mosca y la dejó libre. Esta echó a volar, zumbando y anunciando a todos sus compañeros:

-¡Cuidado, moscas y mosquitos! ¡Esconded bien bajo el tronco del chopo! ¡Ha aparecido el valiente Mizguir y ha empezado a tejer sus redes, poniéndolas por todos los caminos por donde volamos nosotros y a todos matará!

Las moscas y los mosquitos, a todo correr se escondieron debajo del tronco del chopo, permaneciendo allí como muertas. Mizguir se quedó perplejo al ver que no tenía caza; a él no le gustaba padecer hambre. ¿Qué hacer? Entonces llamó al grillo, a la cigarra y al escarabajo, y les dijo:

-Tú, Grillo, toca tu corneta; tú, Cigarra, ve batiendo el tambor, y tú, Escarabajo, vete debajo del tronco del chopo. Id anunciando a todos que ya no vive el valiente Mizguir, el incansable tejedor; que le pusieron cadenas, le enviaron a Kasán, le cortaron la cabeza sobre el patíbulo y luego fue despedazado.

El Grillo tocó la corneta, la Cigarra batió el tambor y el Escarabajo se dirigió bajo el tronco del chopo y anunció a todos:

-¿Por qué permanecéis ahí como muertos? Ya no vive el valiente Mizguir, le pusieron cadenas, le mandaron a Kasán, le cortaron la cabeza en el patíbulo y luego fue despedazado.

Se alegraron mucho las moscas y los mosquitos, salieron de su refugio y echaron a volar con tal aturdimiento que no tardaron en caer en las redes del valiente Mizguir. Este empezó a matarlos, diciendo:

-Tenéis que ser más amables y visitarme con más frecuencia, para convidarme más a menudo, ¡porque sois demasiado pequeños!

Romance

de las

Carretas

JULIAN MARCHENA

ROMANCE DE LAS CARRETAS

Julián Marchena

Cuando el día ya no es día
y la noche aún no llega,
—perfiles desdibujados,
cielo azul de luces trémulas—,
por las rutas del ensueño
van rodando las carretas.
Bajo el palio de las frondas
se entrecruzan las consejas:
héroes y aparecidos
de rondalla y de leyenda,
La Llorona y El Hermano,
El Cadejos y La Zegua
y La Carreta sin bueyes
que arrastra son de cadenas...

El manto de la penumbra
rasgan miles de luciérnagas.

De madrugada las yuntas
que están rumiando a su vera,
poco antes de ser uncidas
clavan sus ojos en ellas;
su comprensiva mirada
largo rato las contempla
y al escuchar el cencerro,
pausadamente menean
el hisopo de la cola
y con vaho las inciensen.

Como una flor luminosa
se abre la mañana espléndida.

Ambulancias campesinas,
hormigas de las cosechas,
cándidos lechos nupciales
y trashumantes viviendas,
se mueven siempre sin prisa,
—tarde o temprano se llega—,
y sobre el barro o el polvo
detrás de sí sólo dejan,
como las almas afines,
ondulantes paralelas.

A largos trechos, reposan,
Ya sin los bueyes, semejan
cañones que no disparan,
aves con el pico en tierra,
y a su alrededor, los niños,
en gráciles rondas juegan.

A veces en la pendiente
que a su término se arquea,
voltejeadas de súbito
por acrobacia grotesca,
trazan en el precipicio
espeluznante pirueta,
y al estrellarse en la sima
dan remate a una tragedia.

Una cruz lo dice todo:
está sin nombre y sin fecha.

Croan las ranas ocultas,
el grillo rasca su cuerda,
los gallos, a la distancia,
dan isócronos alertas,
algún remoto ladrido
el viento nocturno lleva,
y, quejumbrosas y a tumbos,
enfílanse las carretas,
—agudo violín, chirriando
grave tambor, en las piedras—,
entretanto marcan ritmo
con altibajos y vueltas
los chuzos que son batuta
de las rústicas orquestas.

Al emprender el retorno
se advierten que van de fiesta;
aligeradas de carga,
dieron fin a la faena.
Menudos brincos ensaya
el telón de las compuertas.
La noche sobre los campos
todos sus aromas riega.
Y si a lo largo del viaje
algún riachuelo atraviesan,
báñanse en agua con luna,
—flecós de plata en las ruedas—
y sus enhiestos paraleles
dialogan con las estrellas.



EL CAMARON ENCANTADO

Allá por un pueblo del mar Báltico, del lado de Rusia, vivía el pobre Loppi, en un casuco viejo, sin más compañía que su hacha y su mujer. El hacha ¡bueno!; pero la mujer se llamaba Masícas, que quiere decir "fresa agria". Y era agria Masícas de veras, como la fresa silvestre. ¡Vaya un nombre; Masícas! Ella nunca se enojaba, por supuesto, cuando le hacían el gusto, o no la contradecían; pero si se quedaba sin el capricho, era de irse a los bosques para no oirla. Se estaba callada de la mañana a la noche, preparando el regaño, mientras Loppi andaba afuera con el hacha, corta que corta, buscando el pan; y en cuanto entraba Loppi, no paraba de regañarlo, de la noche a la mañana. Porque estaban muy pobres, y cuando la gente no es buena, la pobreza los pone de mal humor. De veras que era pobre la casa de Loppi; las arañas no hacían telas en los rincones porque no había allí moscas que coger; y dos ratones que entraron extraviados, se murieron de hambre.

Un día estuvo Masícas más busca pleitos que de costumbre, y el buen leñador salió de la casa suspirando, con el morral vacío al hombro; el

morral de cuero, donde echaba el pan, o la col, o las papas que le daban de limosna. Era muy de mañanita, y al pasar cerca de un charco vió en la yerba húmeda uno que le pareció animal raro y negruzco, de muchas bocas, como muerto o dormido. Era grande por cierto; era un enorme camarón. "¡Al saco el camarón!; con esta cena le vuelve el juicio a esa hambroña de Masícas; ¿quién sabe lo que dice cuando tiene hambre?" y echó el camarón en el saco.

Pero ¿qué tiene Loppi, que da un salto atrás, que le tiembla la barba, que se pone pálido? Del fondo del saco salió una voz tristísima; el camarón le estaba hablando:

—Párate, amigo, párate, y déjame ir. Yo soy el más viejo de los camarones; más de un siglo tengo yo, ¿qué vas a hacer con este carapacho duro? Sé bueno conmigo, como tú quieres que sean buenos contigo.

—Perdóname, camaroncito, que yo te dejaría ir; pero mi mujer está esperando su cena, y si le digo que encontré el camarón mayor del mundo, y que lo dejé escapar, esta noche sé yo a lo que suena un palo de escoba cuando se lo rompe su mujer a uno en las costillas.

—Y ¿por qué se lo has de decir a tu mujer?

—¡Ay camaroncito! eso me dices tú porque no sabes quien es Masícas. Masícas es una gran persona, que lo lleva a uno por la nariz, y uno se deja llevar; Masícas me vuelve al revés, y me saca todo lo que tengo en el corazón; Masícas sabe mucho.

—Pues mira, leñador, que yo no soy camarón como parezco, sino una maga de mucho poder, y si me oyes, tu mujer se contentará, y si no me oyes, toda la vida te has de arrepentir.

—Tú contenta a Masícas, y yo te dejaré ir, que por gusto a nadie le hago daño.

—Díme, ¿qué pescado le gusta más a tu mujer?

—Pues el que haya, camarón, que los pobres no escogen; lo que has de hacer es que no vuelva yo con el morral vacío.

Pues ponme en la yerba, mete en el charco tu morral abierto, y dí: ¡"Peces al morral!"

Y tantos peces entraron en el morral que casi se le iba a Loppi de las

manos. Las manos le bailaban a Loppi del asombro.

—Ya ves, leñador —le dijo el camarón—, que no soy desagradecido: Ven acá todas las mañanas, y en cuanto digas: "¡Al morral peces!" tendrás el morral lleno de los peces colorados, de los peces de plata, de los peces amarillos. Y si quieres algo más, ven y dime así:

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

Y yo saldré, y veré lo que puedo hacer por ti. Pero mira, ten juicio, y no le digas a tu mujer lo que ha sucedido hoy.

—Probaré, señora maga, probaré —dijo el leñador.

Iba como la pluma Loppi, de vuelta a su casa.

El morral no le pesaba, pero lo puso en el suelo antes de llegar a la puerta, porque ya no podía más de la curiosidad. Y empezaron los peces a saltar, primero un lucio como de una vara, luego una carpa, radiante como el oro, luego dos truchas, y un mundo de meros. Masícas abrazó a Loppi, y lo volvió a abrazar, y le dijo: "¡Leñadorcito mío!"

—Ya ves, ya ves, Loppi, lo que nos sucede por haber oído a tu mujer y salir temprano a buscar fortuna. Anda a la huerta, anda y tráeme unos ajos y cebollas, y tráeme unas setas; anda, anda al monte, leñadorcito, que te voy a hacer una sopa que no la come el rey. Y la carpa la asaremos; ni un regidor va a comer mejor que nosotros.

Y fue muy buena por cierto la camida, porque Masícas no hacía sino lo que quería Loppi, y Loppi estaba pensando en cuando la conoció, que era como una rosa fina, y no le hablaba del miedo. Pero al otro día no le hizo Masícas tantas fiestas al morral de pescados. Y al otro, se puso a hablar sola. Y el sábado, le sacó la lengua en cuanto lo vio venir. Y el domingo se le fue encima a Loppi, que volvía con su morral a cuestras.

—¡Mal marido, mal hombre, mal compañero! ¡que me vas a matar a pescado! ¡que de verte el morral me dá el alma vueltas!

—Y ¿qué quieres que te traiga, pues? —dijo el pobre Loppi.

—Pues lo que comen todas las mujeres de los leñadores honrados: una sopa buena y un trozo de tocino.

“Con tal, pensó Loppi, que la maga me quiera hacer ese favor”.
Y al otro día a la mañanita fue al charco, y se puso a dar voces:

“Camaroncito duro,
sácame del apuro”.

Y el agua se movió, y salió una boca negra, y luego otra boca, y luego la cabeza con dos ojos grandes que resplandecían.

—¿Qué quiere el leñador?

—Para mí, nada; nada para mí, camaroncito; ¿qué he de querer yo? pero ya mi mujer se cansó del pescado, y quiere ahora sopa y un trozo de tocino.

—Pues tendrá lo que quiere tu mujer —respondió el camarón—. Al sentarse esta noche a la mesa, dale tres golpes con el dedo meñique, y dí a cada golpe: “¡Sopa, aparece: aparece, tocino!” Y verás que aparecen, Pero ten cuidado, leñador, que si tu mujer empieza a pedir, no va a acabar nunca.

—Probaré, señora maga, probaré— dijo Loppi, suspirando.

Como una ardilla, como una paloma, como un cordero estuvo al otro día en la mesa Masícas, que comió sopa dos veces, y tocino tres, y luego abrazó a Loppi, y lo llamó: “Loppi de mi corazón”.

Pero a la semana justa, en cuanto vio en la mesa el tocino y la sopa, se puso colorada de ira, y le dijo a Loppi con los puños alzados:

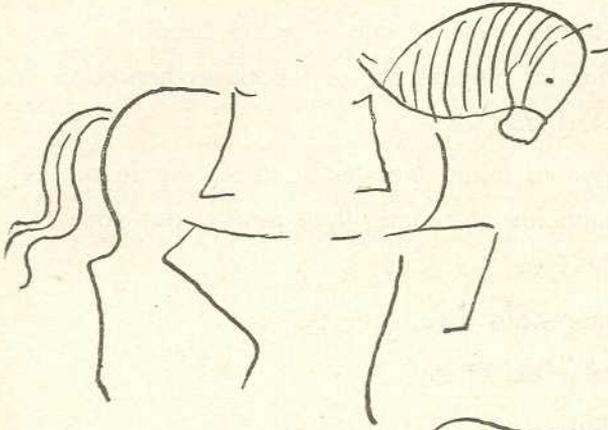
—¿Hasta cuándo me has de atormentar, mal marido, mal compañero, mal hombre? ¿que una mujer como yo ha de vivir con caldo y manteca?

—Pero ¿qué quieres, amor mío, qué quieres?

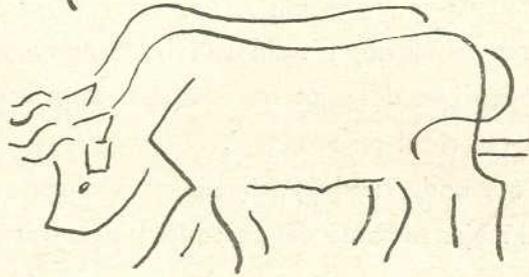
—Pues quiero una buena comida, mal marido: un ganso asado, y unos pasteles para postres.

(Continuará)

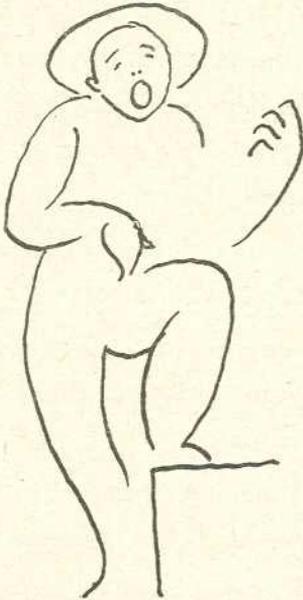
Dibujos para completar



Este dibujo complete haciéndole su jinete.

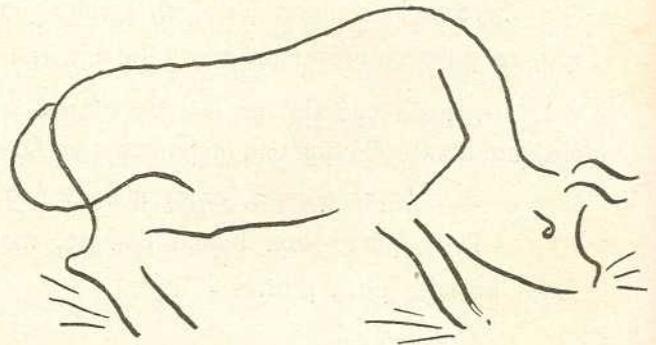


Este también se completa con bueyes y con carreta.



Para que cante contento, dibújele su instrumento.

El toro busca un torero
¡a dibujarlo ligero!





Naftali Madrigal — 10 años

HISTORIA DE UN PECECITO

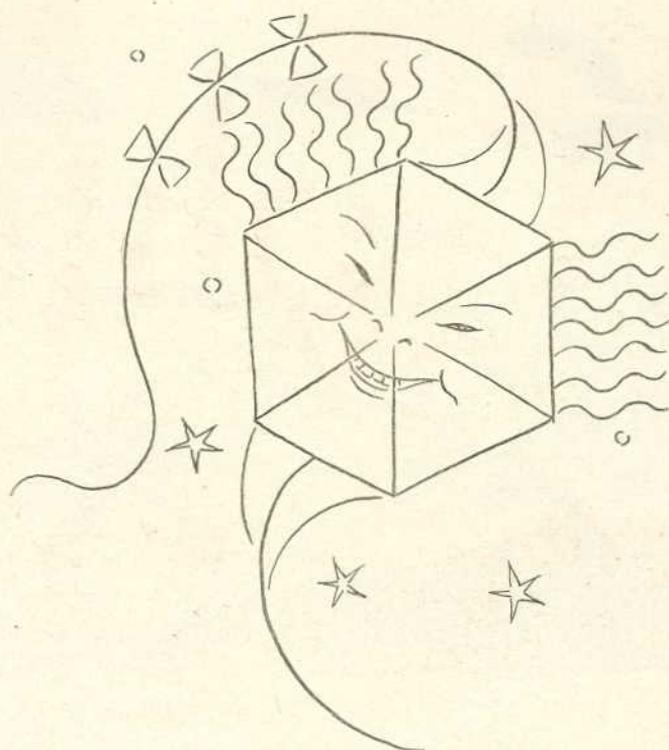
Un pececito nadador
sobre aguas del mar nadaba,
cuando iba un pescador;
era un hombre que pescaba.

Cuando se encontró con el pez;
el pescador lo asustaba,
el pececito le dice:
—No me mates pescador;
y así mismo sollozaba.

El pescador era bueno
y ahí mismo lo dejó,
el pececito contento
de aquel lugar se alejó.

Aquí termina la historia
del pececito nadador,
que por estar jugueteando
un día llegó un pescador.

Luz Marina Ruiz Sánchez — VI Grado
Escuela Pedro María Badilla,
San Rafael de Heredia.



BARRILETE

Alta flor de las nubes,
—lo mejor del verano—
con su tallo de música
en mi mano sombreado.

Regalo de noviembre,
nuevo todos los años,
para adornar el día,
para jugar un rato.

Banderola de fiesta
que se escapa, volando...
Pandera que agitan
remolinos lejanos.

Pececillo del aire
obstinado en el salto.
Pájaro que se enreda
en su cola de trapo.

Luna de mediodía,
con cara de payaso.
Señor del equilibrio.
Bailarín del espacio.

Ala que inventa el niño
y se anuda a los brazos.
Mensaje de lo celeste.
Corazón del verano.

Claudia Lars.